

la abundancia ha traído consigo la molición, el vicio, la corrupción; como todos sus deseos se han visto satisfechos y han gozado sin tasa, el más torturador hastío les ha invadido. Unos a otros se odian y solo en la destrucción y en la muerte encuentran morboso placer. Hoy la tierra es como inmenso infierno.

Un lúgubre silencio siguió a estas palabras. Luego, Baltasar, dijo:

--Complicada, en verdad, es el alma humana. Sufre si no alcanza lo deseado; no es feliz si lo consigue.

--Pero con todo --habló Gaspar--, tenían más conformidad, más ilusiones antes; dentro de sus miserias y padeceres, eran mejores y más dichosos deseaban con más ansias vivir.

--Pues entonces --sentenció Melchor-- que vuelvan al pasado. ¡Diosas Fortuna y Abundancia, regoced vuestros frutos!

Y allá abajo, en la tierra, renació otra vez la Miseria, la Desgracia, el Dolor.

EL AGENTE SMITH

Los archivos del F.B.I., en Nueva York, son un verdadero documento humano de incalculable valor para quienes, olvidados un poco de sí mismos, se dedican a investigar psicología u otras ciencias más o menos empíricas relacionadas con el alma humana. Hechos y casos inauditos, que la más cálida imaginación es incapaz de concebir, encuentranse clasificados y probados con un ingente montón de papelotes, fotos, huellas, en las enormes estanterías. Si la seriedad de un servicio mundialmente famoso y de severos y respetables funcionarios no nos garantizaran la autenticidad de los mismos, quizá sonreiríamos, escepticamente al leer algunos de ellos.

Este relato ha sido sacado de tales archivos, y para quienes acusen de falsos los sucesos que en él acontecen, le indicamos su procedencia; estamos seguros de que no dudarán un solo instante de su veracidad.

Hará unos cinco años, una tarde melancólica y

lluviosa de noviembre, el Agente Smith, de la Investigación Criminal, se encontraba muellemente recostado sobre un cómodo sillón de gutapercha, junto a la estufa eléctrica. Leía distraidamente una revista de modas femeninas; porque hemos de advertir que el Agente Smith, además de ser treintón, alto, grueso, fuerte, callado é inteligente, era misógino, y procuraba siempre estar al corriente de los nuevos medios con que el enemigo luchaba por vencer su desvío, desinterés u egoísmo, acometiéndole unas veces con vestidos muy ceñidos, cortos o de amplios descotes, otras con exóticos peinados, pinturas, modo de andar y siempre dando a conocer mas o menos veladamente lo que todo hombre, si no ve, imagina.

En esto sonó el teléfono. Smith alargó perezosamente el brazo, descolgó el auricular y preguntó: ¿Quién?.- Una voz sonó durante unos momentos y el dijo: Bien, Inspector, voy enseguida. Rapidamente se colocó el abrigo, bajó las escaleras y montó a ese coche que todos los policías tienen en las películas americanas --y qu

se prestan las productoras unas a otras para diversos rodajes--, llegando en breves momentos a la Comisaria.

El Inspector Edgar G. O'Neil era un hombre de una seriedad fúnebre, largo bigote daliniano pero hacia abajo y enemigo de risas y bromas. Todos le respetaban y temían por su severidad e incorruptible honradez.

Cuando Smith entró en su despacho, el Inspector le miró fijamente, mientras decía:

-- Ha tardado Vd. dos minutos, diez segundo y tres décimas mas de lo normal.

-- Si, Inspector --asintió Smith tragando saliva.

-- Le he llamado a Vd. para un servicio delicado que vamos a realizar juntos. No me fié de los otros agentes que son unos sentimentales. Necesito un hombre que no se deje influir por las mujeres. Porque se trata de apresar a una presunta criminal por asesinato de su marido y de su amante, a quien robó después.

-- Estoy a su órdenes, Inspector.

Salieron ambos, montaron al automovil y corrieron veloces por algunas calles de la ciudad.

--Pare aquí,-- indicó el Inspector.

Un hombre se llegó hasta ellos.

--¿Novedades?--inquirió O'Mell

--Hace poco que entró una mujer rubia, alta, elegante.

--Puede ser ella. Smith, este es el retrato de la mujer, no vaya a confundirse. Suba en aquella casa hasta el tercer piso. Nosotros-dijo dirigiendose al informador- rodearemos el edificio. Avise a los demás agentes.

El impertérrito Smith se dirigió pausadamente hacia la casa señalada. Después subió las escaleras pisando firme, sin miedo y observando cuidadosamente los mas mínimos detalles, como buen policía. Llegó al tercer piso y se detuvo. Una puerta cerrada se ofrecia a su vista. Acercose a ella y ningún ruido percibió en el interior. Sacó el retrato que el Inspector le diera y durante unos minutos lo miró detenidamente, grabando en su mente la imagen de la hermosa mu-

jer fotografiada. Luego llamó. Nadie respondió al timbre. Entonces Smith de un fuerte empujón abrió la puerta; tal y como sucede en el celuloide. Una estancia ricamente amueblada se ofreció a su vista. Tenía ese aspecto indefinible de las casas de los malhechores; lo delataba el lujo ostentoso que poseía y que solo se ve en las moradas de esta clase de gente y en las de algunos banqueros y millonarios. Iba a inspeccionarlo todo, cuando una voz le detuvo:

-- ¿Que busca usted?

Se volvió. Una linda mujer le apuntaba con un reluciente revólver.

-- Alce los brazos --ordenó.

Smith obedeció., Los ojos de ella tenían un extraño brillo que el Agente no dudó en calificar in menti de furia delictiva. Su pelo rubio y largo le caía sobre los hombros en cuidadoso desorden. Vestía fina bata muy ceñida que daba a conocer y aún realzaba, unas adorables, perfectas y apetecibles formas. Todo ésto lo vió Smith de una rápida ojeada, en el breve espacio que tardó en abalanzarse sobre ella y arrancarle la peligrosa arma. Pe-

ro después no fué fácil tarea la de deshacerse de ella, porque fuerte y valerosa, luchó denodadamente, en silencio, mordiéndose, arañando, hasta que sobre un diván logró sujetarle los brazos; ella, sin poder desasirse, le miraba fieramente, mientras su respiración agitada movía los pronunciados senos.

En aquel instante llegó el Inspector O'Neil.

-- Buen trabajo, Smith -le dijo; luego, alargando unas esposas, añadió: -Es preciso atar a la palomita.

-- Smith colocó en la muñeca derecha de ella una argolla y en la ~~izquierda~~^{izquierda} ~~su~~ ~~otra~~ ~~su~~ ~~otra~~ ^{su} otra. El Inspector las cerró y se guardó distraidamente la llave. Bajaron y se montaron en el coche. O'Neil conducía.

-- Estamos sobre la pista de los demás cómplices. Pero es necesario que éstos no sepan que hemos detenido a la damita; por ello he pensado que vaya con Vd. a su casa y ambos os quedéis en ella hasta que les avise. No debe-

rá Vd. moverse para nada.

Habían llegado hasta el domicilio del Agente Smith. Este y la mujer bajaron del automovil. Cuando se dió cuenta de que no tenía la llave de las esposas, O'Neil se había perdido ya en la inmensa baranda del tráfico de la ciudad. Estóicamente subió a su piso, deseando que aquél no tardara en regresar.

II

Al principio las cosas no marcharon muy mal del todo. La delincuente limitóse a mirarle en silencio. Smith se entretuvo en leer una revista demostrando un interés que estaba muy lejos de sentir. En realidad la muda e insistente mirada de aquella mujer le molestaba, le ponía nervioso. Hubiera querido levantarse, marchar a otra estancia, pasear; mas el frío acero que los unía impedía tales deseos. Es inconcebible la influencia que determinadas circunstancias tienen sobre el pensamiento; la accidental y forzada ligazón que le retenía junto a aquella hermosa y temible

hembra, había desatado su imaginación de un modo absurdo. Veíase eternamente unido a ella como perro faldero y cohibido por aquel centelleo de sus negros ojos, que le observaban entre curiosos y burlones. Paradojicamente, el que se creía apresado era él, sin poder escapar ni escabullirse de la celosa vigilancia a que estaba sometido. Momentos hubo en que deseó que aquélla gritara, gimiera, luchara como antes o, por lo menos, dijera algo. Leía con frenesí, sin enterarse de nada; moviase agitado en el sillón.

Por fin, tras largo mutismo, ella dijo:

-- Agente Smith, es Vd. bastante aburrido.

No supo que contestar. Gruñó tan solo:

-- No estoy aquí para divertirla.

-- Ni yo para soportar esta tediosa situación.

¿Quiere que juguemos ?.

-- No.

-- ¡Oh, que pena! ¡Sería tan divertido ganarle a un policia su mísera soldada. ¿Tiene un poco de whisky?

--No

-- ¿Tampoco puede permitirse ese lujo? ¡Pues si que es indeseable su profesión! ¿Que hace usted para entretenerse ?

--Perseguir malhechores.

-- ¡Que estupidez!

-- ¿Por que es una estupidez?

-- Porque entonces debiera estar en la carcel la inmensa mayoría humana. Es difícil trazar la linea de la honradez, porque cual más, cual menos, todos han delinquido en algo. La diferencia entre los que ustedes llaman malhechores y quienes no llevan este título, consiste en que los primeros caminan derechos hacia lo que buscan, sin hipocresía, mientras los otros van por escondidos senderos, disfrazando las intenciones.

-- ¡No pretenderá que filosofemos ahora !

-- Pues si quiere que no filosofemos, tráigame comida; solo los estómagos vacíos filosofan, y el mio, desde hace algún rato, está hecho un Aristóteles.

No supo si pegarle un tiro o complacerla. Op-

tó, al fin, por lo último, pues él también sentía imperiosa necesidad de la cena. Ambos hubieron de ir a la cocina, extender los manteles sobre la mesa, colocar los platos y todo ello inseparablemente, haciendo idénticos movimientos como si fueran siameses o cada cual la sombra del otro.

Comieron en silencio, ella con mucho apetito, él repentinamente desganado. Después Smith encendió un pitillo. Involuntariamente, por un gesto de innata galantería, ofreció uno a su acompañante, que ella se apresuró a coger.

-- Me llamo Clara - dijo -; no me gustaría que por desconocer mi nombre permaneciera callado.

-- No me importa como se llame - refunfuñó él - y no tengo nada que decirle.

-- Pues entonces hágame el favor de alargar su mano libre y encender la radio.

Obedeció Smith y poco después sonó agradablemente la música.

-- ¡Que bonita melodía! ¿Quiere que baile-

mos? - preguntó Clara - Eso podemos hacerlo perfectamente.

-- No sé bailar.

-- ¡Oh! Entonces -inquirió con un gesto de hastio - ¿que sabe usted hacer, agente Smith?

-- Nada.

-- Mis noticias sobre ustedes no eran de que fuesen tan ineptos, anticuados y estúpidos. En las películas interviene cada policía tan interesante... ¡Qué aburrida es la realidad!

Smith no objetó nada. Cada vez estaba más nerviosamente furioso. Por todo su cuerpo sentía un cosquilleo insoportable e irritante, como si le rascaran con alfileres.

-- Oiga, Smith, ¿podríamos retirarnos a descansar ya? Esóy rendida.

-- ¡Retirarnos! - exclamó el asombrado.

-- No pretenderá que pasemos toda la noche aquí.

-- Pero ...-balbuceó - ¿usted...y yo?

-- No veo otro medio. Mi brazo no se destornilla como el de una muñeca; si quiere puede com-

probarlo.-Y diciendo ésto apartó la bata, dejando a descubierto un hombro de blanca piel, perfectamente modelado.

-- ¡No; - casi gritó el incorruptible agente.

--¿Me tiene usted miedo ? No voy a matarle cuando duerma; ¿ que haria con usted después ?

Smith se sentía cada vez mas irritado. Aquella mujer con su calma y su descaro le exasperaba.

--¿ Que hacemos ¿ - preguntó ella.

-- Arréglese como pueda ahí.

-- ¡OH, que hombre ! - exclamó Clara haciendo un delicioso gesto de contrariedad - Déjeme, por lo menos reclinar mi cabeza sobre usted.

Iba a protestar, pero ya era tarde. La adorable cabecita de Clara reposaba en su hombro y sus cabellos, largos y rubios, le caian en profusión sobre el pecho. El olor de un delicado perfume llegó hasta su nariz. Sentía el calor de aquel cuerpo junto al suyo, y su mano rozaba, sin querer, una carne apretada y llena de vida.

I I I

Durante unos veinte minutos, Clara durmió apaciblemente. Smith la observó con detenimiento. Era bonita, francamente bonita; él no había conocido una mujer igual. Tenía un rostro de serena y delicada belleza, como las beldades griegas; unas manos delgadas y aristocráticas; un cuerpo esbelto y elegante. Su cabello era sedoso y suave. Sin darse cuenta, instintivamente, lo acarició hundiendo sus dedos temblorosos en aquel haz rubio como el oro que casi le ocultaba el pecho.

Smith pensó en la vida llena de bajezas de aquella mujer, corporalmente admirable. Pensó que su mayor enemigo quizá había sido la hermosura de que estaba dotada. No era, no, como otras mujeres a quienes había tratado. En nada se parecía a aquella novia de sus primeros años, bonita, si, pero insulsa, vacia de cerebro, que no comprendia sus ensueños e ideas. La mayoría de esta cara mitad del género humano, eran estúpidas, ni malas ni buenas. Por ello él se había alejado, les había huido; porque es mejor vivir en soledad que en

incomprendida compañía. Ésta, por excepción, parecía, era inteligente. Y la inteligencia -sentencia para sí mismo - es capaz de encontrar el buen camino, salir del torcido sendero.

Con estas divagaciones^a Smith se le había calmado un poco la irritación; estaba casi extraordinariamente contento. Clara abrió los ojos y luego alzó la cabeza.

-- Que hombre mas duro tiene usted -dijo; y luego, reclinándose nuevamente, añadió- Pero como no hay otra cosa mejor...

Breves momentos permanecieron así, en silencio. De pronto, sin levantar la cabeza, preguntó:

-- ¿Por que odia usted a las mujeres?

SMITH.- ¿Que le hace suponer tal cosa?

CLARA.- Pues... todo. Esta casa solitaria, sin una mano femenina que la arregle, sin una simple sirvienta; su apartamento al ajetreo mundano, su huraña frialdad.

SMITH.- ¿Quiere acaso que le haga el amor ?

CLARA.- OH, no; aunque seria divertido. Y tiene usted la ventaja de que no podia irme de su lado...

SMITH.- Ni es preciso.

CLARA.- Resulta gracioso. No puedo imaginarmelo haciendo una declaración... Es usted tan serio, tan medido y apático. ¿ Ha querido alguna vez ?

SMITH.- Nunca

CLARA.- ¿ Y a usted le han querido ?

SMITH.- Mi madre

CLARA.- Ese es un cariño que por tenerlo tan seguro nunca se cuenta. Me dá lástima.

SMITH.- Pues no la tenga. Soy muy dichoso sin preocupaciones. No creo en el amor.

CLARA.- Quien no cree en el amor es que del amor lom espera todo.

SMITH. Que... que estupidez.

CLARA.- No lo niegue: nos odia usted tanto, tanto, que se pondria de rodillas para adorarnos. Sin duda le engañaron alguna vez.

SMITH.- No diga tonterias.

CLARA.- Entonces, ¿por que se molesta ?

SMITH.- Ni me molesto ni nada; me fastidia su charla

CLARA.- ¿Sabe una cosa ?... Es usted el primer hombre que me ha dicho tal groseria.

SMITH.- Pretende acaso que la trate como a una señora respetable.

CLARA.- ¿ Por que nó ? Soy una mujer.

SMITH.- Una mujer perdida, viciosa, presunta criminal.

CLARA.- ¡Eso, no! Fué mi marido quien mató a Ernesto, por rivalidad en sus "negocios". Lo que pasa es que el muy bandido ha preparado las cosas de forma que parezco yo la culpable.

SMITH.- ¿Vive, pues, su marido ?

CLARA.- Por desgracia. A estas horas habrá salido del país.

SMITH.- Porque no le ha denunciado?

CLARA.- ¿ Me han dado ustedes tiempo ?

SMITH.- ¿ Puede probar todo eso ?

CLARA.- Si. Yo soy tan solo una infeliz mujer engañada por su propio corazón, por su deseo de amor. Me casé equivocadamente con un sinvergüenza que me quería nada mas que para sus turbios manejos. Por él me vi impulsada a un mundo bajo y ruín y poco a poco enlodada y corrompida. La misma tristeza del desengaño me obligó a aturdirme en

aquel ambiente de depravación, de bandidaje, hasta de crimen; soy culpable, no lo niego. Pero mi pecado, como el de la Magdalena, es pecado de amor. ¿ Merece castigo el amar mucho ?

SMITH.- Si conduce a cometer faltas, sí. Toda culpa debe ser castigada.

CLARA.- Pero si usted estuviera enamorado de mí, si me quisiera mas que a sí mismo, que a su propia alma, que a todo el mundo, ¿no intentaría librarme a sabiendas de que obraba mal ? ¿no desearía mis besos, mi presencia, mi cariño, mas que la fría satisfacción del deber cumplido ? Aunque tuviéramos que huir, escondernos en el último rincón de la tierra, estaríamos juntos, cuerpo con cuerpo, sintiendo cada uno el calor de la sangre del otro, y nos parecería el silencio de un yermo divina armonía, y una fría caverna, espléndido palacio, y un montón de hojas secas, suave y maravilloso lecho nupcial.

Mientras tal decía, Clara acercó de forma tal su boca que casi rozaba la de Smith, en tanto desgranaba sus febriles palabras. Este sentíase mareado con la proximidad de aquellos labios. Hizo un

esfuerzo y gritó:

--- Cállese! ¿ Que intenta con su seducción?

CLARA.- Absolutamente nada. Oponia mis razones a las suyas. ¿ Ha creído otra cosa?

SMITH.- ¡ Yo no he creído nada !; No quiero hablar mas !

I V

El reloj de pared dejó oír su cascada voz. Eran las cuatro de la mañana. Smith estaba retrepado un el sillón, con los ojos cerrados,

como si durmiera. Clara le miraba atentamente.

El tenia la sensación, estaba seguro, de aque-

lla mirada y fingia un profundo sueño. De prona hablarme del buen Dios. Me decía que era como una

to sintió que una mano, suave, delicadamente,

acariciaba su cabeza. Luego percibió un movimiento

to sigiloso y unos labios calurosos que le ro-

zaban el rostro en un beso leve, brevisimo, oidos o demasiado locos, taponaron estos canalitos

mo fugaz aleteo de alas de paloma. Esto hizo

que su sangre corriera presurosa y que le investa forma, unos no se esparcieron y otros, que en

diera un dulce e irritante desasosiego. No obsu esencia eran y son limpios, como el de un hom-

tante, continuó quieto durante largo rato. Debre y una mujer, merced a esta mescolanza se bastar-

pues abrió los ojos y dijo:

SMITH - ¿ Que tarde es! ¿ Usted no ha dormido?

CLARA.- No. He estado pensando.

SMITH.- ¿ En asesinarme ?

CLARA.- No vale la pena.

SMITH.-¿En qué, pues?

CLARA.- A usted no le gusta el tema. He pensado en el amor.-

SMITH.- ¿Conclusiones ?

CLARA.- Que el mundo tiene -por decirlo en lenguaje técnico- un gran déficit de amor.

SMITH.- No lo entiendo.

CLARA.- Cuando yo era buena y feliz, cuando era niña

-y de esto hace bastante tiempo- mi madre acostumbraba

gran fuente de amor de la que salian, en multitud de

analitos, todos los amores humanos que, así, eran

los mismos divinos. Mas los hombres, demasiado estú-

arrojaron impurezas en su clara corriente. Y, de

que en

esencia eran y son limpios, como el de un hom-

debre y una mujer, merced a esta mescolanza se bastar-

dearon y fueron pecaminosos.

SMITH.- No sé si lo que acaba de decir, en sus labios, es una blasfemia o una oración.

CLARA.- Tal vez sea la flor de un arrepentimiento.

SMITH.- Clara, ¿quien es usted?

CLARA.- ¡Oh, me ha llamado por mi nombre! Es la primera vez que lo hace.

SMITH.- Responda a mi pregunta. He conocido muchos tipos de mujeres perdidas para creer que usted lo sea.

CLARA.- En todo hay excepciones. Además, en la seducción, son lícitos todos los medios, ¿No cree?

SMITH.- Es usted peor que todas !

CLARA.- ¿Por que?

SMITH.- Porque es inteligente.

CLARA.- Gracias.

SMITH.- De nada.

V

Son las diez de la mañana. El timbre de la puerta suena insistente. Smith y su fuerza-

da compañera se dirigieron a ella para abrir. Es el Inspector O'Neil quien entra con una sonrisa extraña por lo infrecuente, en su rostro imperturbable.

O'NEIL.- Perdona, Smith, la mala noche que le he hecho pasar por mi descuido. Aquí está la llave de las esposas. No he podido venir antes. Además he de comunicarle que hemos padecido un lamentable error: esta mujer no es la que buscábamos.

SMITH.- ¿Cómo?

O'NEIL.- Sí, a la otra, a la verdadera, la hemos apresado hace poco con sus cómplices.

CLARA.- Menos mal. Ya me iba temiendo que esto no se desliara tan fácilmente.

SMITH.- Pero...

O'NEIL.- La señorita es una persona respetable a quien pido mil disculpas por nuestra torpeza.

SMITH.- ¡Yo me vuelvo loco! Pero, entonces, ¿y lo de ese Ernesto asesinado y su marido huyendo? ¿Que hay de ese amor desgraciado que la arrastró a mil indignidades?

O'NEIL.- Mucho me temo que la señorita se haya burlado de usted en vez de increparle por el atro-

pello de que ha sido objeto. Después de todo eso demuestra su entereza de carácter y su valentía. Otra, en su lugar, hubiera solo gimoteado.

SMITH.- Inspector, ¡salga usted!

O'NEIL.- Pero...

SMITH.- ¡¡Márchese!!

O'Neil sale un poco aturdido. Cuando la puerta se cierra tras de sí, Smith se dirige a Clara:

-- De modo que todo es mentira, que se ha reído usted de mí...

CLARA.- Verá ...yo...

SMITH.- ¡Cállese!

CLARA.- ...No he tenido la culpa ¿Por que está furioso?

SMITH.- Estoy furioso, sí; tan furioso, tan furioso, que le voy a decir una cosa: ¿Quiere casarse conmigo.

CLARA.- ¿Eh?

SMITH.- Responda.

CLARA.- Pues... En realidad ...las circunstancias me obligan a decir...

SMITH.- Hable.

CLARA.- ... que sí. ¡Como no estoy libre aún!

SMITH.- ¡Ni lo estarás ya nunca! Pienso tirar esta llave para que jamás nos separemos.

En los archivos no consta; pero una chismosa vecina dijo que, al pasar por la puerta del agente Smith, oyó algo así como el rumor de un beso apasionado.

V I

Edgar G. O'NEIL

Nueva York

Querido Inspector: Con la prisa de nuestro viaje, se me olvidó darle las gracias por todo. Pocos, al no tener la comprensión y la bondad de Vd., se hubieran prestado a una farsa como aquella, urdida por la desesperada imaginación de una mujer enamorada. Salí bien y hoy me considero la mujer mas feliz del mundo, gracias a Vd. Mi marido sigue creyendo que fué pura casualidad y bendice el error. ¡ Si supiera que todo estaba preparado...! Pero yo no pienso decirle nada, y vd. me guardará

el secreto, ¿verdad?.

Saludos y hasta pronto.

Clara.-

PRIMEROS ESCRITOS